

sejaba que para conservar la paz doméstica «era ya necesario perdonar el primer desliz y olvidar el segundo.»

Con todo esto, el Sr. Ramírez presenta á las jóvenes griegas como un modelo de pureza virginal: tales son sus palabras.

Tampoco en Atenas eran las mujeres notables por su honestidad, ni por exceso de ternura hacia sus hijos. Sin llegar las madres atenienses á tanta prostitución como las espartanas, ni menos á su ferocidad, se refieren de ellas circunstancias bastantes para calificarlas.

Las señoras abandonan la crianza de sus hijos á las esclavas.<sup>1</sup>

En lo general (dicen algunos escritores) las madres atenienses excitan á sus hijas á portarse bien; pero se fijan más en recomendarles que tomen una postura erguida y elegante, en aconsejarles el modo de adornarse, de evitar la gordura y todo lo que pueda alterar la gracia de las formas.<sup>2</sup>

Por su parte, los jóvenes de Atenas no daban las mejores pruebas de cordura y buena conducta, pues consumían su tiempo en juegos de gallos, carreras de carros y caballos, dilapidaban su fortuna en fiestas, ricos trenes, y sobre todo con las ramera.<sup>3</sup>

La ramera, según lo hemos visto ya, era favorecida por la ley, y se dividían en tres clases: las *dicteriadas*, *aulítridas* y *heterias*. Las primeras eran las verdaderas esclavas de la prostitución: las segundas sus auxiliares y las terceras las reinas. Las *dicteriadas* fueron reunidas por Solón en casas públicas; las segundas tañían la flauta y otros instrumentos de música en los festines; las otras sólo concedían sus favores á quienes les agradaban ó pagaban más dinero.<sup>4</sup>

El Sr. Ramírez se complace en pintar los encantos de las cortesanas griegas, y yo los he confesado también; pero reflexiónese que todo lo que aventajaba la mujer pública ó la cuncubina, lo perdían la esposa, la hija y la hermana. Estas no eran el objeto de la atención preferente del griego,

1 Plat. leg. l. 7. Arist. l. 8 c. 9.

2 Xenof. menor. l. 5 y Terent. Ennuch.

3 Plut. in Alcib. Terent. in Andr Aristóf. in nub.

4 V. Dufour, Hist. de la prostitución.

así es que lo más bello del cuerpo y del espíritu se procuraba reconcentrar en la querida, en cuyos brazos se refugiaba el esposo, relegando la mujer propia á un rincón de la casa, ó cediéndola á otro hombre, según vimos que las leyes lo permitían. En el casamiento de la mujer griega había, pues, todo lo que dice el Sr. Ramírez en su discurso: velo, juramento, antorchas, flores y perfumes, menos esposa.

Por el contrario, y según lo he indicado también, educábanse las cortesanas de la manera más pulida, logrando frecuentemente reunir belleza, gracia, instrucción é ingenio; así es que los poetas las cantaban, y los artistas se disputaban la honra de reproducir sus hechizos. El justo Sócrates, habiendo oído hablar de Teodata, que exponía su cuerpo por modelo, llevó sus discípulos á verla, la felicitó por sus muchas conquistas y le dió lecciones para obtener otras nuevas.<sup>1</sup>

En comprobación de todo lo que valía la cortesana griega, repetiré el nombre de las tres que cité al principio de este escrito, Aspacia, Thais y Frinea, agregando algunos apuntes sobre su vida.

Comenzaré por extractar lo que dice Plutarco respecto á Aspasia.

Aspasia era de Mileto é hija de Axioco, habiéndose dedicado al oficio de cortesana con el ejemplo de Targelia, célebre por su gracia y belleza, é imitándola también en no ligarse más que con hombres de importancia. El más notable de ellos fué Pericles, quien se apasionó de ella, no sólo por su hermosura, sino por su talento é instrucción. Una prueba del talento é instrucción de Aspasia, es que Sócrates mismo la visitaba con sus amigos, y Platón asegura que varios atenienses iban á su casa para tomar lecciones de retórica. La pasión de Pericles por Aspasia llegó al grado de que repudiase á su mujer, y más adelante se casó con la seductora cortesana, cuyo influjo fué tal, que se supone suscitó las guerras de Samos, Megara y Peloponeso. No por su talento, instrucción, belleza é influjo, dejó la mujer que nos ocupa de ser real y positivamente una de

1 Xenof. Dichos célebres.

las que se venden al mejor postor. Cratino califica paladinamente de mala conducta á Aspasia en estos dos versos:

Dejanire est á lui: cette belle Aspasie  
Qui se deshonora par sa mauvaise vie.

Thais, nacida en Atenas, ejerció tal influjo sobre Alejandro, que se refiere de ella lo siguiente.

Cuando Alejandro estaba en Persépolis, y en momentos de marchar contra Darío, dió á sus amigos un convite donde se bebió con exceso. Allí estaba Thais, quien durante la comida se ocupó en adular al rey de una manera fina y delicada. Concluido el festín manifestó Thais, con tono placentero, que sería para ella una gran dicha poder incendiar el palacio de Jerjes en venganza de que éste incendió á Atenas. No tuvo mucho trabajo la cortesana para conseguir que se aprobasen sus intentos, pues los convidados aplauden su pensamiento, el rey se levanta, toma una antorcha, y se dirige á ejecutar el deseo de Thais: en pocos momentos el palacio fué presa de las llamas, convirtiéndose en un montón de cenizas. Más adelante la misma Thais fué la que Tolomeo admitió entre sus mujeres cuando ocupó el trono de Egipto.

Parece que Frinea era todavía más hermosa que Thais, pues sirvió de modelo á Praxíteles para labrar la estatua de Venus que se considera como uno de los modelos de belleza plástica; y de esa misma mujer es de quien refiere Quintiliano que, acusada de impiedad, el defensor desgarró su vestido, y mostrándola desnuda á los jueces exclamó: «Atrevedos á destruir estas perfecciones.» Tal recurso oratorio prueba lo que eran los griegos.

Por pernicioso que haya sido el influjo de la cortesana entre los helenos, es nada si atendemos á otra costumbre que dominó en aquella sociedad, costumbre enteramente contraria á los fines de la naturaleza, y que daba por resultado el completo desprecio de la mujer, y la degradación del niño. Se comprenderá fácilmente que me refiero á la sodomía, crimen abominable que formó las delicias del sacerdote, del magistrado, del filósofo, del poeta, del artista, de toda clase de personas, lo mismo en Grecia que en Roma.

En vano Voltaire con toda su chispa quiso defender á los antiguos del crimen mencionado; los hechos mejor averi-

guados deponen en su contra, y él mismo hace estas confesiones en otro lugar de sus obras: «*Cette turpitude remonte aux premiers époques de la civilisation: l'histoire grecque, l'histoire romaine ne permettent pas d'en douter..... Solón se contenta de défendre cette turpitude entre les citoyens et les esclaves.*»

Efectivamente, Solón dió esa regla,<sup>1</sup> cuya limitación prueba la licencia general y á ese mismo legislador se atribuye el siguiente dístico:

*Tu cheriras un beau garçon,  
Tant qu'il n'aura barbe au menton.*

Entre los romanos, Cicerón, el célebre orador, padre de la patria, pontífice, moralista, autor del *Tratado de los deberes*, no sólo recuerda los amores del poeta griego Alceo con un niño, sino que aun parece aprobarlos. He aquí sus palabras: «Para nosotros, que siguiendo á los antiguos filósofos nos deleitamos con los mozos, con frecuencia los defectos nos parecen atractivos: un lunar en el dedo de un niño parecía una gracia extraordinaria á los ojos de Alceo.»<sup>2</sup>

Los amores de Alceo con ese niño, llamado Lico, merecieron ser cantados por Horacio, imitador del poeta griego.

*Liberum et musa, veneremque, et illi  
Semper hærentem puerum canebat,  
Et Licum nigris oculis, nigroque  
Crine deorum.*

En el diálogo de los *Amores*, atribuido á Luciano, pone el autor en escena dos personajes que discuten sobre la sodomía, y entre otros argumentos se lee éste: «Dices que los leones no tienen comercio con los leones?..... esto es porque los leones no saben filosofar.»

Basta lo dicho hasta aquí para formarnos una idea exacta de lo que eran las leyes, religión y costumbres de los griegos, adivinándose fácilmente, como consecuencia precisa, lo que fué su literatura. Se ha dicho, y muy bien, que «el estilo es el hombre,» pues de la misma manera puede decirse que «la literatura es la nación.» Si las leyes, la reli-

<sup>1</sup> Plut. in Sol.

<sup>2</sup> De natura Deor. l. 28.

gión y las costumbres de los griegos eran la manifestación del materialismo y del vicio, ¿puede concebirse que la poesía erótica fuese *idealista* ó *espiritualista*, como el Sr. Ramírez la califica, usando de esos dos adjetivos? A la verdad tal hecho sería un fenómeno extraordinario, un fenómeno digno de mencionarse como excepción nunca oída en la historia del espíritu humano, donde siempre se ha observado que la literatura es el fiel retrato de la sociedad.

Nuestra curiosidad se excita, pues, grandemente al oír una proposición como la del Sr. Ramírez, y no podemos menos sino tratar de desengañarnos examinando la literatura griega, como vamos á hacerlo en lo necesario al objeto propuesto.

## II

*Poesías citadas por el Sr. Ramírez, lo que prueban.—Un anónimo.—Dioscórides.—Museo.—Rufino.—Asclepiades.—Diófanes.—Lucrecio.—Mosco.—Filidemo.—Poetas que deben figurar en la presente cuestión.*

Desde luego llama la atención en el discurso del Sr. Ramírez la clase de poetas griegos de que generalmente se vale para fundar su sistema; poetas algunos poco conocidos, de ninguna importancia, otros de quienes no hay más que fragmentos, y algunos anónimos. Lo peor de todo es que aun esos escritores prueban lo contrario de lo que se pretende. Procuraré demostrar todo esto.

Comienza el Sr. Ramírez por copiar los siguientes versos de un anónimo, olvidando aquella regla de lógica que dice: «Los anónimos merecen poca confianza.»

«¡Ay! desde la frente al pie  
Desnuda he visto á mi bella.  
¡Cuántas flores!—¿Quién es ella?  
—Eso sí no te diré.»

La imagen de una mujer desnuda, que representa la cuarteta anterior, no me parece la mejor prueba de *espiritualismo*.

Sigue el Sr. Ramírez con los siguientes versos de Dioscórides, que sólo respiran materialismo, lujuria poco disimulada.

Dulces labios, rojas flores  
Qué formáis arco triunfal  
A la boca celestial,  
Nido de risas y amores;